

JOSÉ PEDRO DÍAZ, AMANDA BERENGUER Y LA GALATEA.¹

Wilfredo Penco

Quiero empezar citando a Juan Ramón Jiménez: “Hacer libros. Una dicha equivalente a los amores de la adolescencia, en las tardes de campo, a la lírica estrellación de las noches de verano. Hacer libros... Si yo me quedara pobre del todo alguna vez, sería -con mi misma alma, claro está- rejente de imprenta con baño, o contador de papel blanco, o encuadernador. Así podría soñar hasta con las manos, todo el día, en un taller que tuviera grandes ventanas al cielo y mucho papel blanco y letras latinas... Sobre todo letras latinas. Esas erres, esas os, esas jes maravillosas... sobre el papel blanco, blanco... Trabajo dulce, cotidiano!”

Si Juan Ramón, consecuente consigo mismo, fue editor ejemplar de sus libros, otros, en España y en América, siguieron sus pasos, con la conciencia de un emprendimiento a la vez artesanal y estético y llamado a producir, en tales términos, efectos de permanencia.

Como dice Andrés Trapiello en su magnífico libro *Imprenta moderna. Tipografía y literatura en España* (2006): “El arte de la tipografía es siempre un arte de adecuación entre fondo y forma, conjugación de formato, papel, tipos, cajas, tintas, cabezas, márgenes, ilustraciones, encuadernaciones... La tipografía es una melodía muy dulce que evoluciona por semitonos (...). Es también un arte de la medida (...), de saber plantarse en el punto justo, sin pasarse, sin quedarse corto”.

Es esta la tercera vez consecutiva que la Academia Nacional de Letras premia, en la celebración del Día del Libro, en Uruguay, a quienes han promovido el libro en el país. Y hoy premia a ilustres continuadores de Juan Ramón Jiménez entre nosotros.

Si en años anteriores, el premio fue otorgado a Nancy Bacelo y a Heber Raviolo, ahora entregamos esta placa de bronce con un diseño del maestro Francisco Matto realizado por su discípulo Gustavo Serra (en la que se expresa el reconocimiento académico a trayectorias al servicio del libro); entregamos esta placa al Dr. Álvaro Díaz Berenguer, quien la recibe en nombre de sus padres, los escritores José Pedro Díaz (in memoriam) y Amanda Berenguer, Miembro de Honor de nuestra

¹ Exposición en el Día del Libro, 26 de mayo de 2009.

Academia, por la excepcional tarea cumplida por ambos, como editores, al frente de la imprenta La Galatea en las décadas de 1940 y 1950.

En una tradición cultural donde no han sido frecuentes, en nuestro medio, los poetas a un tiempo impresores, sería sin embargo injusto no mencionar al menos un par de casos relevantes.

En primer término a Carlos Rodríguez Pintos, que fue presidente de nuestra Academia y que en la década de 1930 compartió en París una prensa de mano con el español Manuel Altolaquirre, en la que se editaron algunos preciosos pliegos de poesía, entre otros *Dos Oraciones a la Virgen*, de 1931, con poemas y dibujos del mismo Rodríguez Pintos y de Rafael Alberti.

También en esos años, pero hacia fines de la década, en Montevideo el entonces joven Juan Cunha, que había sido una revelación poética con *El pájaro que vino de la noche* (1929), estableció junto a Casto Canel la imprenta Stella, en la que habría de aparecer en 1939 la mítica edición de *El Pozo* de Juan Carlos Onetti.

José Pedro Díaz asimiló la experiencia de su amigo Juan Cunha como impresor y aprendió el oficio tipográfico en los talleres de LIGU, situados en la calle Paysandú al 1011. Las cajas de *El abanico rosa*, su primer libro narrativo que en 1941 dio a las prensas particulares de Sexta Vocal –cuyo grupo lideraba otro poeta, Carlos Denis Molina–, fueron armadas con esfuerzo y esmero por el propio autor. Díaz se destacó pronto por su habilidad manual, heredada seguramente de su padre (el diestro artesano de joyas y piezas de platería que José Pedro recordará en *La claraboya y los relojes*, libro de 2001). Una muestra del avance en el aprendizaje del oficio fue *Canto hermético*, uno de los primeros textos de Amanda Berenguer Bellán (que así figura con sus dos apellidos en la cubierta y la portadilla), cuyo colofón establece que “José Pedro Díaz terminó los trabajos de tipografía e impresión de este cuaderno en Montevideo, al finalizar el mes de marzo de 1941. Esta primera edición consta de 350 ejemplares tirados sobre papel Hammermill”.

Tres años más tarde José Pedro y Amanda contrajeron matrimonio y tras adquirir una vieja Minerva, fundaron el sello editorial La Galatea. La imprenta funcionó primero en la calle Roberto Koch 3858 casi San Martín y más tarde fue trasladada a Punta Gorda, a la casa de la calle Mangaripé (actual María Espinola), en cuyos fondos actualmente se conserva. Esa misma casa fue la que visitó Juan Ramón Jiménez en agosto de 1948, y donde el profesor Díaz vivió hasta su fallecimiento

en julio de 2006 y aún hoy, tras una fecunda producción poética dada a conocer en ediciones muy cuidadas hasta el último detalle por la propia autora, sigue residiendo, a los casi 88 años de edad, Amanda Berenguer.

En La Galatea se publicaron, tras una *Hoja inaugural*, de 1944, con textos de Mallarmé y del matrimonio de editores, *Une métamorphose ou l'époux exemplaire* de Jules Supervielle, *Elegía por la muerte de Paul Valéry*, *El río*, *La invitación* y *Contracanto* de Amanda Berenguer, *Palabra dada* de Ida Vitale, *Como si en flor divina me llagara* de Luis Alberto Caputi, *El habitante*, *Tratado de la llama* y *Ejercicios antropológicos* de José Pedro Díaz. También, bajo el sello La Galatea, pero impreso en los talleres gráficos de Martín Bianchi Altuna, apareció en octubre de 1953, la primera edición de *G.A. Bécquer. Vida y poesía*, el más célebre trabajo académico de José Pedro Díaz, reeditado una década después por Gredos en Madrid.

Como ha señalado Juan Carlos Mondragón, “La Galatea aunaba el trabajo artesanal con la búsqueda de salidas alternativas de producción, incorporaba un criterio selectivo en su reducido catálogo y señalaba, por vía práctica, los criterios de una poética”.

A sesenta y cinco años de inaugurada La Galatea, en este Día del Libro, tributamos homenaje a sus fundadores y hacedores, José Pedro Díaz y Amanda Berenguer, y junto a una proyección explicativa de las técnicas tipográficas, en un par de vitrinas cedidas generosamente en préstamo por la Biblioteca Nacional, se exponen algunas muestras de la labor de impresión: tipos móviles, una página compuesta en linotipo, una resma del papel destinado a la imprenta, un taco con grabado del ilustrador Leandro Castellanos Balparda, libros, dedicatorias y fotografías.

Quiero anunciar, por último, la presentación de una solicitud a la ministra de Educación y Cultura, Ing. María Simón, para que el Poder Ejecutivo declare patrimonio histórico a La Galatea, esa emblemática imprenta Minerva tan estrechamente vinculada a la historia cultural del país sobre mediados del siglo pasado, con la finalidad de su exhibición pública permanente.